

FESTIVAL

CELEBRADO EN EL

TEATRO REAL DE MADRID

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1922

Y OTROS ACTOS OFICIALES

CONMEMORATIVOS DE LA

FIESTA DE LA RAZA

MADRID, 1922

IMP. MUNICIPAL

Festival celebrado en el
Teatro Real de Madrid,
el día 12 de octubre de
1922, y otros actos ofi-
ciales, conmemorativos
de la Fiesta de la Raza.

ÍNDICE

Páginas.

Festival celebrado en el Teatro Real de Madrid, la noche del
12 de octubre de 1922.

Programa.	9
Discurso del Sr. D. Augusto Barcia.	11
LA VIEJA LLAVE , poesía de Amado Nervo.	23
Leída por la señora doña Antonia Plana .	
LA ENCINA , poema de D. Eduardo Marquina.	25
Leído por el autor.	
SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA , poesía de Rubén Darío.	29
Leída por D. José Romeu .	
LOS CONQUISTADORES , de D. Manuel Machado.	31
Leído por el autor.	

Descubrimiento de la lápida dedicada a Rubén Darío, en la
Glorieta de su nombre.

Discurso del Excmo. Sr. D. Hilario Crespo.	35
Carta del Sr. D. Francisco Grandmontagne.	41
Discurso del Excmo. Sr. Conde del Valle de Suchil, Alcalde Presidente.	45
Discurso del Encargado de Negocios de Méjico, Ilmo. Sr. D. Alfonso Reyes.	49

Sesión del Excmo. Ayuntamiento el día 20 de octubre de 1922.

Mensaje del H. Ayuntamiento de Méjico.	57
Discurso del Excmo. Sr. Conde del Valle de Suchil, Alcalde Presidente.	57
Discurso del Sr. D. Alfonso Reyes.	59
Discurso del Sr. D. Luis G. Urbina.	62
Discurso del Sr. D. Julián Martínez Reus.	65
Discurso del Sr. D. Alfredo Serrano Jover.	66
Discurso del Sr. D. Faustino Nicoli.	67

1492-1922

1405-1825

Festival celebrado en el Teatro Real de Madrid,
la noche del 12 de octubre de 1922.

PROGRAMA DEL FESTIVAL

ORDEN DEL ESPECTÁCULO

PRIMERA PARTE

Segundo acto de la comedia de Iglesias Paz (argentino) **LA CONQUISTA**, por Antonia Plana y su compañía.

Lectura por la misma eminente actriz, de la poesía de Amado Nervo, titulada **LA VIEJA LLAVE**.

Recitación del poema original, **LA ENCINA**, por D. Eduardo Marquina.

SEGUNDA PARTE

Bailables de la ópera **RAIMUNDO LULIO**, del Maestro Villa, por la Banda municipal.

Recitación, por el actor Sr. Romeu, de la **SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA**, de Rubén Darío.

Lectura de un soneto de Manuel Machado, titulado **LOS CONQUISTADORES**.

Discurso de D. Augusto Barcia.

TERCERA PARTE

Mosaico de aires nacionales hispano-americanos, por la Banda municipal.

Bailes y canciones americanas por la Argentinita.

Representación por Margarita Xirgu y su compañía, del segundo acto de **LA NIÑA DE GÓMEZ ARIAS**, de Calderón.

DISCURSO DEL SR. D. AUGUSTO BARCIA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hombre un poco avezado a las emociones de la tribuna, confieso que el honor inmenso que me dispensó la Comisión organizadora de este acto solemnísimos me aplana y me abruma. A quien como yo no posee otros méritos que el fervor y el entusiasmo por estas materias, el cuadro, el medio, el público, su calidad y el tema, sobre todo el tema, forzosamente tienen que producirle en su espíritu inquietud y zozobra enormes.

Ha de llegar un día—no lo dudéis—en que la Fiesta de la Raza constituirá el acontecimiento magno de veinticuatro naciones; hoy, sin embargo, la Fiesta de la Raza no ha adquirido todo aquel fausto y todo aquel esplendor que corresponde a la magnitud de la representación ideal que encarna, a lo que simboliza, a lo que ya es en la realidad. Cuando esta clase de fiestas va por el mundo sembrando un reguero de idealidad, suelen decir las gentes: «Son temas de banquete, de juegos florales». Si un gran orador, si un gran artista de la palabra tuviera la osadía de traer aquí, ante un público como este, toda la base de realidad que tiene la gran ideología que representa el ideal hispanoamericano os diría que no hay nada en todos los horizontes visibles de nuestro espíritu patrio, de nuestra alma nacional que pueda ofrecer un contenido de tanta eficiencia y eficacia, y quien se atreviera a esto, exponiendo, engranados conceptos e ideas en forma brillante, haciéndolos llegar hasta nosotros con todos los efluvios de la elocuencia, cantando así la labor callada—a veces inicua y olvidada y desdeñada—de cuatro millones de hombres de nuestra sangre, de nuestro pueblo, que silenciosamente trabajan en todo el Continente americano, os diría, estudiando el proceso emigratorio, que, al estructurarse allí nuestras energías, los grandes centros regionales han constituido en América la nota más esplendorosa que pueblo alguno haya podido ofrecer en el mundo entero, pues nosotros hemos podido presentar organizaciones de este género, de una sola región, que cuenta con sesenta y seis mil adheridos y que no tienen par en el orbe entero. Quien así os hablara os diría que, examinando el balance de deter-

minada Sociedad financiera española, se ve que durante el año 1920 al 1921, da como volumen de sus giros dos mil millones de pesetas, que desde América han venido a ingresar en España. ¡Y estos son los temas retóricos, palabreros, de banquete y de juegos florales! Esto que en el orden material, con arreglo al índice que yo hago, entraña un gran valor, no es nada comparado con lo que en orden a la espiritualidad y a su transcendencia como símbolo y como esperanza, representa el ideal hispanoamericano.

Tengo el deber ineludible, primero, de ser breve, y, segundo, de hablar de aquellas cosas que menos pesadas puedan seros, pues si a la torpeza de mi palabra tuviera el desacierto de añadir la aspereza del tema que he elegido, no podría corresponder a aquella benevolencia que, por anticipado, solicito de vosotros.

Aquí se leyeron, de aquella «Salutación del Optimista» del divino Rubén, estrofas que debiéramos llevar todos grabadas en la conciencia. Y hay una que dice: «Y así sea esperanza, la visión permanente en nosotros». Porque el gran poeta, aquel vidente, ¿pensó que es la esperanza para el pueblo español todo el ideal que representa el porvenir inmenso de América? ¡Ah! si Rubén viviera hoy, podría tener la satisfacción de advertir cómo sus anuncios son ya realidades, porque si siempre para España y para la Humanidad, todo lo que representa América y la Hispanoamérica ha sido una fuerza de las más estimables, de las más respetadas, de las más legítimas para la gran obra de la civilización, en estos momentos América representa muchísimo más.

Yo quiero que conmigo tendáis la vista ante la realidad internacional. Ved lo que acaece en Europa: va de tumbo en tumbo; cae aquí para levantarse allá, desorientada, como si estuviera beoda; se retuerce en angustias como un epiléptico. Y es que a la vieja Europa—no lo dudéis—se le escapa de sus manos el cetro de la hegemonía universal y asistimos al fracaso de la civilización occidental; hay un renacimiento continental fuera de Europa, de pueblos que durmieron hasta veintidós siglos de sueño cataléptico y que hoy están en plena florecencia espiritual. ¡Europa! Después de la guerra, ved sus gobiernos, escuchad a sus diplomáticos, advertid como de conferencia en conferencia y de fracaso en fracaso, apenas si hacen otra cosa que ganar tiempo para ver si los acontecimientos por sí mismos van resolviéndose, van tomando una realidad. Y es que Europa, en su gran siglo XIX, efectivamente, realizó en el orden material los más asombrosos progresos. Ved la Europa y ved el mundo de 1800 y ved la Europa y ved el mundo actual: existe una transformación completa. En el orden científico, en el campo inmenso de las matemáticas, de la química, de la biología, en todo, alcanza los más maravillosos descubrimientos, y ahí está el vapor en el ferrocarril creando el to-

rente circulatorio del globo entero; ahí están el telégrafo y el teléfono que le dan hasta sensibilidad nerviosa, y las aplicaciones eléctricas que asombran; todo es un prodigio del trabajo y de la investigación. Pero en el orden moral, el más espantoso fracaso; y hay que pensar en que, si las cosas no toman otro rumbo, nuestra civilización occidental, la vieja Europa, es ya impotente para dirigir al mundo por las sendas de una posible organización de mayor perfección, de más justicia y de más moralidad.

Esto no pasa invisible a los ojos de las gentes. Volved la vista a Asia: China (el mundo muerto) renace con vigor extraordinario; India, con las predicaciones de Gandi, se transforma en una nación que clama por su independencia y plantea un ideal de paz y armonía entre las clases sociales, y Turquía, con el renacimiento de eso que se llama la corriente islámica, que no es un renacimiento como se ha creído, fanático y de carácter exclusivamente religioso, dicen a Europa: de ti aceptamos los grandes y extraordinarios descubrimientos en el orden material; pero en el orden moral has desembocado en una organización social que fatalmente lleva a la lucha de clases, y nosotros aspiramos a bucear en los misterios de las ideas y de los principios para encontrar normas nuevas que sirvan para reorganizar al mundo, construyendo una sociedad menos defectuosa, más humana.

Y se produce un hecho de una importancia excepcionalísima, cual es, que hoy se busca ya la formación de grandes fuerzas morales continentales; y se ve cómo América se está desentendiendo de la vieja Europa, cómo Asia crea su personalidad. Y en estos instantes hablar de hispanoamericanismo, es hablar de la esperanza suprema que tiene la Humanidad, porque Hispanoamérica representa hoy la reserva de la civilización.

Tal vez haya quien crea que en estos momentos es locura pensar en estos supremos designios de nuestra raza. Bien sé que estamos en horas de materialismo, que estamos en instantes de grosero positivismo y que el culto a la riqueza y al dinero, lo puede y avasalla todo; pero también sé que los acaparadores de la riqueza y del poderío mueren aplastados por él, pero de su propia obra, y en cambio, los que tienen sed infinita de ideal, al morir se immortalizan y parece que se siembra su alma para florecer después en todas las regiones y en todas las altitudes. (*Aplausos.*)

En este sentido, España—no lo dudéis—ha realizado una obra, tiene en su haber una labor que la Historia tendrá que considerar como el esfuerzo supremo que nación alguna haya realizado. Es cierto que hemos caído, es verdad que hemos perdido nuestro ideal; pero tiene razón Rubén cuando dice que «la esperanza sea la visión permanente en nosotros».

Hace cosa de un siglo, Goethe escribía, con intuición profética, frases que han tenido una realidad a través de todo el siglo XIX y que actual-

mente debieran servir, a manera de fórmula dogmática, de norma fundamental para la conducta de los pueblos. Dice Goethe en el *Fausto*:

¡Weh! ¡Weh!
Du hast sie Zerstört
Die schöne Welt
Mit mächtiger Faust;
Siatürzt, sie zerfällt!
.....
Machtiger
Der Erdensöhne
Prächtiger
Bane sie wieder
In deinem Busen baue sie auf.

Es decir: ¡Qué dolor! Con tu puño destructor has roto el magnífico cielo: éste se desploma y cae a pedazos. Hijo poderoso de la tierra, reedifica aun más espléndido ese mundo divino, pero reedifícalo en tu corazón. Y yo os digo: Españoles, lo hemos perdido todo, absolutamente todo menos esto, que es el supremo patrimonio del país que perennemente ha de brillar en la Historia. Reconstruyamos también nuestro pasado, llevando al corazón este gran sentimiento y pensando que la obra del descubrimiento y la obra colonizadora que ha dado por resultado crear veinticuatro naciones de nuestra habla, es el único coro capaz de cantar un himno a la inmortalidad de una raza; que han de pasar los siglos, que son horas para la existencia de la vida terraquea, que han de caer los grandes y poderosos y no quedará de rastro en la Historia más que el recuerdo de los pueblos fecundos como Grecia, como Roma, y, sobre todo, como España, creadora de veinticuatro pueblos, que dan la nota perenne de una gran espiritualidad, expresada en la divina lengua de Cervantes, que ha immortalizado la figura más romántica, la figura más idealista de cuantas ha concebido la literatura moderna. (*Grandes aplausos.*)

A los españoles se nos han regateado y aun negado los méritos que nos correspondían por nuestra labor colonial y por la labor del descubrimiento de América. Influyeron en ello causas momentáneas; no es de extrañar, pues entonces éramos fuertes y lógico era también que tuviéramos grandes destructores. Inglaterra, por un lado, Francia, por otro, tendían a desacreditar nuestra obra; coadyuvaba a esa labor Italia, que aún tenía vivo el recuerdo de nuestra dominación, y también colaboraban en el trabajo de nuestro descrédito (acaso en represalia reivindicadora y justiciera) Holanda y Bélgica, dominadas en otros tiempos por nosotros. Se dijo que España, como país colonial, era una vergüenza de la humanidad y se llegó a asegurar que toda nuestra obra en América era el oprobio de la Historia. Hoy ya empiezan a

ver las gentes que en todo eso hay algo que es un embuste intolerable. Ciertamente que nosotros hemos ostentado virtudes y graves defectos, como todos los pueblos; pero también lo es que, en orden a nuestra labor colonial, ninguna de esas naciones colonizadoras tienen nada que echarnos en cara si de buena fe y con absoluta serenidad examinan su propia obra. (*Muy bien.*)

Esta labor de reivindicación—advertirlo bien—no la hacen precisamente los hombres españoles, es labor de toda América. Yo veo que hoy contribuyen de una manera eficaz y esplendorosa a esta empresa reivindicatoria no ya hombres de la alcuria política de los Sáenz Peña y del inmenso fuste espiritual de los Rubén y los Rodó, sino que en nuestros días un brasileño como Oliveira Lima, un hombre que iba a llamar americano, pero que es nuestro, Rufino Blanco Fombona, el autor de *Libertador* y de *Los Conquistadores*, un mejicano, Carlos Pereira; un venezolano, Angel César Rivas; un colombiano, Guillermo Valencia; un diplomático tan culto y sutil como Adolfo Reyes, y toda esa pléyade brillante de gente americana que vive nuestra vida, que conoce nuestras virtudes y nuestros defectos y que, con entera sinceridad, nos hablan de nuestras máculas, pero que también afirman que la obra de la colonización española es por lo menos tan respetable, cuando no más, como cualquiera otra realizada por el país que pueda estimarse que ha procedido con más acierto en obras de esta índole, y hasta a su manera, con una visión profunda y clara de la fuerza hispanoamericana, siente la grandeza del empeño un escritor yanqui como Fred Rippey. Pero yo afirmo más, prescindiendo del detalle, de las posibles crueldades, de las notorias crueldades que hayamos podido cometer y que no he de negar. Podremos haber arrebatado al aborigen, al indígena, al autóctono sus bienes, deshecho su familia, faltando a su honor; podremos haber dejado toda esa estela de barbarie que es algo así como un tributo de desprestigio que los pueblos pagan cuando van a redimir a otros pueblos inferiores, produciéndose en este contacto un renacimiento de todos los defectos ancestrales en el pueblo superior; pero digo, y preguntadlo vosotros conmigo con este interrogatorio a la Historia; ¿Dónde está el pueblo colonizador que ha fundido su sangre con el pueblo colonizado? Pues qué los Estados Unidos, hijos de Inglaterra, símbolo del mayor poder y del mayor progreso, ¿no han estirpado al piel roja? Y nosotros en América ¿qué hemos hecho? Fundirnos con el indígena y ¡esto sí que es para mí la suprema obra de España!, reservar el tipo nativo, de sangre nueva y virgen todavía no incorporado a la civilización, uniéndole con un pueblo nuevo que allí va para conducirlo por la corriente del progreso, y hoy América entera es una esperanza, porque allá, según sus medios espirituales, según sus medios geográficos, su clima, su ambiente y según todo lo que constituye la personalidad y la espiritualidad

de un pueblo, se van expresando altos ideales comunes conforme al temperamento y al tipo de aquella raza. Es decir, que nosotros hemos dejado dentro del país colonizado todo el germen y toda la semilla de una cooperación universal que hoy, creedlo, constituye la suprema reserva de la civilización y es la más sólida esperanza de que han de venir horizontes nuevos iluminados por el fuego deslumbrador de ideales generosos de un pueblo que es fundamentalmente pacífico, esencialmente justiciero. Ahí, ahí está el supremo título de la obra colonizadora de España. (*Muy bien. Grandes aplausos.*).

Yo, señoras y señores, me retiro ya, habiendo cumplido con el deber que me había impuesto, en la medida de mis medios y de mis fuerzas. Soy solamente un fervoroso, un devoto, un fanático de estas ideas y os digo que todavía, desgraciadamente, no tenemos conciencia de lo que representan estos intentos de unión, esta federación espiritual de pueblos de habla española; pero que sólo por ese camino puede venir el impulso restaurador de nuestras perdidas energías, dando ocasión a que nuestras pretéritas glorias renazcan. Mas ello ha de ser—pensadlo bien—en esa fórmula de amor y de paz, que es acaso el carácter esencial que distingue todos los intentos de la organización política.

Y hoy es verdad que están en pugna,—hay que decirlo—dos civilizaciones en América o dos interpretaciones de la civilización, una de las cuales es poderosa, avasalladora, que en el orden material, en la expansión ímpetu progresivo, parece que con la influencia de su fuerza lo aplasta todo; mas pensad en que esa se lleva la materia, pero el alma es nuestra, y nosotros —y al decir nosotros, digo ellos, nuestros hermanos—los eternos románticos, los que hemos de ser como los sublimes apóstoles, abandonadores de todos los placeres materiales y capaces, como se ha hecho mil veces, de sacrificarse por una idea, sabemos que en la generosidad y santidad de ese movimiento romántico se encierra toda la fuerza moral que puede atesorar la Humanidad a través de todos los siglos y de todos los tiempos. Ahí es donde está el supremo ideal, y allá en las cumbres altísimas, sobre los inmensos pedestales que forman los Andes, un día, veinte pueblos lanzando sus voces a través del Atlántico y del Pacífico, entonarán el *hosanna* de la justicia y de la libertad, y ese día magnífico que yo sueño y acaricio con fe infinita, el día que según Rubén ha de volver «el espíritu ardiente que regará lenguas de fuego en esa epifanía», España podrá enfrentarse con el mundo y decir orgullosa: ved la obra de mis hijos; he ahí todo lo que he legado a la Humanidad; computad ahora mis errores y defectos y examinad cuáles han sido mis virtudes y mis aciertos. Y entonces, en la suprema balanza de la justicia divina, se demostrará que ha habido un pueblo que, por darlo todo, llegó a

dar su propio honor; que tuvo su dignidad como pueblo civilizado en entredicho, por entregar románticamente sus fuerzas y sus energías, entonces ingentes, a un mundo ignoto, tan grande, tan hermoso, que mereció y cada día es más acreedor a ese sacrificio de nuestra pretérita grandeza, sacrificio que además merecerá como premio el que la Historia corone la vida de este pueblo español con los laureles inmarcesibles de la inmortalidad. (*Ovación*).



POESÍAS

VIEJA LLAVE

de AMADO NERVO

Leído por la señora doña ANTONIA PLANA

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado a la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
solo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

* * *

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:

del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

* * *

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura,
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?



LA ENCINA

por D. EDUARDO MARQUINA

Leído por el mismo.

A las ramas de una encina de la sierra
garantizan las raíces la hermandad de un mismo origen;
pero el viento, cuando sopla, la arrancara de la tierra
sin la ley con que estas ramas, resistiéndolo, se rigen.

Comba el viento la invisible nervadura
de sus arcos al desastre apercebidos,
y le veis adelantar por la llanura
confundiendo, en una vasta nube oscura,
tempestades de hojas secas y tumulto de alaridos.

Va a caer sobre la encina; pero inclina
su total ramaje, el árbol, y la ráfaga resbala;
o, agitándolo de pronto, arremolina
la nortada, y la rebota con el ímpetu de un ala,
o él se parte en anchas grietas, si redobla
la pujanza de las rachas, y destrenza su energía;
o se sume, apresa el aire, se desdobla
bruscamente, de soslayo, y lo vacía...

Bajo la tierra, las raíces, entretanto
que las ráfagas rugieron,
cada arruga y desgarrón del verde manto
en su interna conmoción reprodujeron.

Y si hubiera al duro embate sucumbido
el ejército de ramas impotente,
sucumbieran las raíces igualmente
despegándose del suelo con el tronco derruido.

¡Noble Encina de la Raza!

Se difunden
tus ejércitos de ramas por entrambos hemisferios
y en tus íntimos entronques se amalgaman y confunden
catafalcos y nidaes de repúblicas e imperios.

Verde encina: tantas son tus yemas rojas,
que cada una tiene un astro tutelar;
y relucen, en la punta de tus hojas,
los minúsculos cristales de la sal de todo mar.

A la sombra de tus ramas, hormiguea
tanta copia de naciones como el día de Babel;
y en la frente de tus hijos centellea
todo el iris de las luces de la Idea,
bajo todos los colores de la piel.

Se diría, noble encina, que es la tierra
como la única planicie de una sierra
que colora de la aurora el arrebol;
y tú, encina, el árbol único, encargado
según quiere el balanceo de tus ramas, a tu grado,
de empujar la sombra a un lado
y de abrir, por el opuesto, rumbo al Sol!

Pero aunque única tú fueras, gente ibérico-latina,
y aunque fueras, más que raza, otro elemento,
llegarías al principio de tu ruina
si olvidarás, sólo un día, vieja encina,
tu combate infatigable con el viento.

Con el viento, que es el aire que desplazas,
para hacer sitio a tus ramas, y protesta;
con el viento, que es el silbo de otras razas,
comentando el estallido de tu fiesta;
con el viento, que es aquello que no eres
y mañana debes ser: barrunto, idea,
nueva forma de derechos y deberes.
jerarquía que agoniza, religión que balbucea...

Verde encina,
bajo el ámbito de seda
de tu copa esmeraldina
el rosario de sus perlas desenreda,
a los besos de la luna, un ruiñeñor
que parece que desgrane tu alma en flor
según hila el tintineo de su trino;
porque, en él,
va diciendo el triple encanto femenino
de Malincha, de Teresa y de Isabel...

Noble encina,
sobre el dombo misterioso de tu copa gigantea,
hay un águila tricéfala que oscurece, si aletea,
los dos cascos de la esfera cristalina;
dobló el cetro de los reyes,
dió a la tierra conocida otra mitad,

y cuando era el orbe cárcel y las rejas de él sus leyes,
transformó la tradición en libertad;
combatió contra las cosas y los hombres,
hidromiel bebió y acíbar;
y en sus garras va la cifra de seis nombres:
Mio Cid, Cortés, Gonzalo, San Martín, Sucre, Bolívar.

Verde y noble encina centenaria y ejemplar,
tal has sido y tal te veo...

Pero hay viento enderredor
de tu copa, encina; hay viento. No te canses de luchar;
mira que es tu molde, el viento; y que en él has de incrustar
la cifra y el trino en flor
de tu águila secular
y tu gentil ruiñeñor.

Lucha... y piensa que, a las ramas de una encina de la sierra
las raíces garantizan la hermandad de un mismo origen,
pero el viento, cuando sopla, la arrancara de la tierra,
sin la ley con que sus ramas se conciertan y se rigen.

¡Una ley!...

—¡Ay, noble encina, cuanto tarda y tarda y tarda
esa ley que cuaje en hechos y que el hoy ponga a seguro! ..
Tanta criba de elocuencia ¿qué ha cernido? ¿A qué se aguarda?
¡Ahora o nunca! Arden los signos en el muro...
¡Mira, España!... ¡Son las hijas de tu fe; ni una bastarda!
Tú les diste tu pasado... ¡te traen ellas tu futuro!



SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

de RUBÉN DARÍO

Léida por D. José Romeu.

Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis al salir del sol en un triunfo de lirás.
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que el alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en el olvido y en polvo
ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarcchito,
que hacia al lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
Latina stirpe verá la gran alba futura,
en un trono de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros.
¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!



LOS CONQUISTADORES

SONETO

de D. MANUEL MACHADO

Leído por el mismo.

Como creyeron, solos, lo increíble
sucedió; que los límites del sueño
traspasaron, y el mar, y el imposible.
... Y es todo elogio a su valor, pequeño.

Y el poema en su nombre. Todavía
decir Cortés, Pizarro o Alvarado,
contiene más grandeza y más poesía.
de cuanta en este mundo se ha rimado.

Capitanes de ensueño y de quimera,
rompiendo para siempre el horizonte,
persiguieron al sol en su carrera.

Y el mar—alzado hasta los cielos—, monte
es, entre ambas Españas,
sólo digno cantor de sus hazañas.



Descubrimiento de la lápida dedicada a Rubén Darío
en la Glorieta de su nombre.

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. HILARIO CRESPO

EXCMO. SR. ALCALDE.

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES REPRESENTANTES DIPLOMÁTICOS DE LA
AMÉRICA ESPAÑOLA.

SEÑORES CONCEJALES Y DIPUTADOS:

Por haber tenido el acierto o la oportunidad de que cristalizase algo que estaba en el ambiente, bien seguro de que habría de encontrar eco vibrante y positivo en el corazón y en el pensamiento de los que por estar destinados por la Providencia a encontrarnos, aprendimos a conocernos y a estimarnos, correspóndeme en el día de hoy el honroso privilegio de exponer respetuosamente ante este ilustrado auditorio la elevada significación de esta solemne fiesta, cuya celebración deberemos comenzar saludando al guía espiritual que diligentemente nos conduzca a través del mundo de las ideas, a nosotros, que fuimos los primeros en conducir a los hombres a los más recónditos confines del mundo material.

Habrán de servir, pues, las primeras palabras que de mis labios broten para asociarme fervorosamente en nombre de la Diputación provincial de Madrid, con cuya representación en este solemnísimos acto me honro, al merecido homenaje que el Ayuntamiento de este noble, culto y generoso pueblo madrileño, en el que tuve la dicha de nacer, para honrar, enaltecer y perpetuar la memoria del excelso poeta Rubén Darío, le va a dedicar en el día de hoy, día de la celebración de la Fiesta de la Raza.

A la Fiesta de la Raza, —fiesta de amor, de confraternidad, de cultura y de patriotismo— por significar el justísimo homenaje que debemos rendir y expresar a la gloriosa España del pasado y una afirmación de vínculos en el presente y para el porvenir entre todos cuantos pueblos se han formado con nuestra sangre, nuestro idioma y nuestro constante esfuerzo civilizador y progresista, que, no por desviado y desigual en cien tristes ocasiones es menos real, efectivo y fecundo en el curso del tiempo y de las cosas... todos los que a muy singular honra tenemos el pertenecer a la gran familia hispanoamericana, unidos íntimamente, en corazón y en espíritu, la debemos dedicar nuestras mayores y más fervorosas devociones.

Porque ¿qué otra cosa puede ni debe significar y representar la hermosa Fiesta de la Raza, sino el momento en que España, nuestra amada Patria —lo diré con gráfica expresión— al descubrir al Continente americano administró el Baustismo a un Nuevo Mundo, a un Mundo hasta entonces inexplorado, escribiendo con la realización de tan gigantesca epopeya, la página más gloriosa que registra la Historia de la Humanidad...? La Fiesta de la Raza deberá ser, por tanto, la recíproca conmemoración de una fecha que creó como un istmo abierto a la más infinita y embriagadora expansión del amor y de la esperanza...; el efusivo, entrañable y dilatado abrazo de dos mares...; de dos civilizaciones...

En cuanto a la importancia de esta fiesta, instituída con carácter de aniversario, no me cumple más que decir que todos los años—y con mayor grandeza y magnificencia aún en los subsiguientes—el día 12 de octubre, fecha conmemorativa del descubrimiento de América, cerca de cien millones de seres humanos, unidos todos ellos por el nexo de la religión, del idioma, de la costumbre y de la Historia, en la hermosa lengua de Castilla, en este rico idioma nuestro que Cervantes, el divino y esclarecido genio del bien decir, con tantos y tantos otros insignes y preclaros escritores de Hispanía-América, le supieron glorificar y enaltecer, habrán de expresar a España, a la Madre Patria generosa que los llevó con la comunión de su idioma las excelsas virtudes de la raza, el testimonio supremo de su admiración, de su cariño y de su respeto. ¡Conservar tan rico tesoro y ser a su vez los difusores para bien de la Humanidad, de tan hermosos ideales! He aquí la doble misión de nuestra raza y lo que su fiesta significa.

Sr. Alcalde: De hoy en adelante el hermoso ideal hispanoamericano no será como hasta aquí fué una halagadora y risueña esperanza, sino una intensa y beneficosa realidad, y aunque mi espíritu soñador, siempre optimista, presentía el triunfo ambicionado del ideal, no pudo jamás suponer que tan pronto empezase a alborear en el firmamento de mis anhelos la aurora que le presagiara... Pero habrá de ser necesario, tengámoslo en cuenta, que es a nosotros, a España, a la que corresponde practicar el estudio definido y concienzudo, en todas sus interpretaciones del progresista movimiento político, social y económico de las nacionalidades americanas, nacidas bajo las banderas de España, en el regazo nuestro, hijos ayer, hermanos hoy, vinculados en nuestro amor; estudios—repito—que debieran preocupar hondamente nuestras inquietudes espirituales, teniendo preferente atención en nuestras devociones, ya que nosotros vamos con los Concilios de Toledo, con el Fuero Juzgo y con las Municipalidades de Castilla y Aragón los instituidores de las leyes democráticas que en toda América hoy se proclaman.

Por tanto, de la celebración de esta fiesta tienen necesariamente que surgir ideas que, al cristalizar en hechos prácticos, proporcionen a nuestra magna empresa el éxito que como aspiración suprema para ella anhelamos, que no es ni puede ser otro que el de llegar a conseguir como una especie—valga la frase—de transfusión del intelectualismo, del comercio y de la industria.

El Ayuntamiento de Madrid que tan dignamente preside S. S., consciente de su deber, con el acto que estamos realizando, va a escribir el prólogo de la obra inmortalizadora del insigne, del nunca bastante llorado poeta Rubén Darío; pero para que esta solemnidad sea una efusiva y representativa manifestación de cómo quiere y siente el hidalgo pueblo madrileño, yo habré de rogaros el que como tributo de nuestra admiración y como homenaje a su vez de nuestro acendrado cariño hacia todos aquellos pueblos de allende los mares, en los cuales existe hoy un latiente palpitar de esperanzas y de reivindicaciones, con resurgimiento floreciente de amor para la gloriosa madre España, a la que tienden con entrañable solicitud los brazos cordiales, sus hijos de ayer, los hermanos de hoy, con la infinita y embriagadora expansión de su acariciadora esperanza de su amor que generosamente sangra de sus corazones nobles y ardientes, que en el día de hoy, en el de la Fiesta de la Raza, los enviemos—repito—un efusivo saludo, que sea, que exprese y sintetice nuestro amor grande y entusiasta por la obra que sobre los patrios cimientos supieron alzar, para gloria y prosperidad del mundo, las generaciones iberoamericanas; un homenaje que sea al propio tiempo que exaltación del pasado heroico el más noble, el más puro, el más honroso y el más avivador estímulo para el porvenir...

Unidos por tan indisolubles vínculos, con una perfecta connaturalización de costumbres y en fraternal convivencia en aquellos países elegidos por la naturaleza para ser eternamente una honrosa y legítima continuación del nuestro, moran cerca de cinco millones de españoles que la corriente emigratoria puso bajo la noble y hospitalaria tutela de tan fértiles tierras de ensueño y aventura; toda está, pues, preparada para una acción común, intensa, progresiva y beneficiosa.

Ved si no es verdaderamente interesante el momento que ha de ser para nuestra Patria como la más alta recompensa a su grandiosa epopeya, a su fecunda y reproductiva labor civilizadora; porque es que no podemos ni debemos olvidarnos de que en América existen veinte pueblos que con activa solicitud abren en el horizonte de España nuevas tierras de promisión, el resurgimiento, quizá de un pasado; que son veinte robustos brazos que se abren junto a ella con toda la juvenil pujanza de su engrandecimiento económico; veinte pueblos de vastísimos territorios, con cerca de cien mi-

llones de habitantes, brotes de la misma raza que difundió por toda América los evangelios de la religión y del lenguaje, la palabra santa de Jesús, y la hermosa habla castellana.

¡Rubén Darío!... ¡Insigne e inspirado poeta que con el mágico poder de tu pluma soberana supiste para honra de las letras patrias, crear un arte supremo, tu labor literaria, vasta y exquisita, ilustración perenne de la presente y venideras generaciones!... ¡Tu obra como tu espíritu vivirá eternamente con nosotros!...

Fáltame ahora decir, para dar por terminada mi intervención en este acto solemne y grandioso que digamos con orgullo:

¡Viva la América española!... ¡Viva España!... ¡Viva Madrid!... ¡Viva nuestro augusto Soberano, el que por sus ejemplares virtudes cívicas y por su fe en el triunfo del ideal hispanoamericano, es digna y cumplidamente el primer caballero de nuestra raza!...



CARTA DEL SR. D. FRANCISCO GRANDMONTAGNE

EXCMO. SR. CONDE DEL VALLE DE SUCHIL:

Mi distinguido e ilustre señor: Doy a usted las más rendidas gracias por el alto honor que me discierne al invitarme a dirigir la palabra a los niños de Madrid, con ocasión de la próxima Fiesta de la Raza.

Felícitole por la bella idea, aunque no pueda hacer lo mismo por la elección del hombre para realizarla de un modo plausible. Todos nuestros anhelos morales y prácticos en relación con América, serán siempre vaguedades caóticas, sin base espiritual, mientras no surja en España una honda emoción americana. Y ella ha de empezar por la infancia, despertando en su espíritu el fervoroso entusiasmo por una herencia histórica como no la tiene ningún pueblo de la tierra.

La causa de que sea débil el pulso de España, radica en su falta de conciencia histórica, en la ignorancia de la magna estela que el ímpetu vital del siglo XVI para todos los siglos futuros. Esta falta de conciencia histórica es la mayor calamidad de España, el manadero central de todas sus desdichas, el origen de todas sus cegueras y la causa de la congelación de su pulso. El solo nombre de América debiera hacer vibrar a toda España en un anhelo perenne de conocimiento, punto de arranque de nuestras posibilidades espirituales y económicas en los florecientes pueblos de Ultramar.

Pero España está como desasida espiritualmente de su obra fundamental, de la única que ha de durar cuanto dure la vida planetaria. ¿Qué causas de psicología colectiva pueden haber determinado la larga indiferencia de España de este punto sublime de su historia? No puede achacarse en absoluto a la ignorancia del pueblo. Mayor que el analfabetismo de España es el de Portugal, y sin embargo, en esta Nación tan henchida de sentimientos históricos la vida del Brasil es familiar a todo el mundo.

Nunca he podido explicarme que nuestras clases cultas y nuestros hombres públicos permanezcan—con muy raras excepciones—indiferentes y en una ignorancia supina y vergonzosa respecto a todo un continente, cuyo protoplasma humano, deriva de la sangre española. ¿Se imagina usted en un estado de ignorancia equivalente a los estadistas y gobernantes ingleses con relación con los Estados Unidos? Esta falta de anhelo, de conocimiento, de conciencia histórica, de emoción racial, de sentido americanista, de visión del porvenir, constituye la prueba concluyente de lo corto de talla mental, espiritual y cultural que es nuestro medio político. ¡Y hablan algunos de la

expansión de nuestro espíritu en América! Pero. ¿Dónde está el elemento expansible? ¿Dónde está el espíritu?

Hay que crearlo. Y atina usted en el procedimiento, empezando por inculcar en los niños el sentimiento americanista, que equivale a despertar su conciencia histórica. Necesario es emprender de nuevo el descubrimiento de América, no un descubrimiento geográfico, como fué el primero, sino social, histórico, espiritual, mercantil, financiero, que permita luego dar virtud de presencia en el Continente a las actividades peninsulares. Hay que descubrir nuevamente América; pero se da el caso insólito y absurdo de que el pueblo descubridor es quien menos la conoce en el momento presente. Y este nuevo descubrimiento ha de ser obra de la generación que ahora es infancia. La nuestra, la de los hombres actuales, esta desorbitada en este punto, el más transcendental para el porvenir de España.

Lamento mucho, Sr. Alcalde, no poderle acompañar en su patriótico y bien orientado intento. No soy orador. Además, yo no sabré hablar sin cierta indignación ante el bárbaro atraso de España por lo que toca al conocimiento de América. Yo no creo que la indignación sea el toque apropiado para los oídos infantiles. Por último, múltiples obligaciones periodísticas y literarias en España y América me tienen amarrado a las cuartillas.

Mi gratitud nuevamente por el honor de asociarme a su plan. Y mis mejores votos porque logre usted despertar en los niños españoles la conciencia histórica, que falta en los hombres.

Con mi adhesión a su buena obra envíole mi respetuoso y cordial saludo.



DISCURSO DEL EXCMO. SR. CONDE DEL VALLE DE SUCHIL
ALCALDE PRESIDENTE

SEÑORES:

Al descubrir esta lápida pareceme, señores, que no se trata de homenaje a un gran poeta americano y que Rubén Darío es uno de los preclaros hijos del hidalgo pueblo cuya representación ostento como Alcalde. Y es que, españoles, portugueses y americanos, pertenecemos a esta raza hispánica que tuvo por cuna la Península Ibérica que, mezclada con sangre indígena, ocupa la mayor extensión del Nuevo Continente y a la que pertenecen cien millones de hombres que hablan la lengua de Cervantes.

Raza que ha dejado a la Humanidad como herencia imperecedera, ese gran y fecundo espíritu que hizo exclamar a Rubén Darío: «Yo soy el caballero de la humana energía.»

Hoy que celebramos la Fiesta de la Raza, hora es ya de decir que los americanos deben abandonar el patriotismo agresivo que los lleva de la mano a la hispanofobia, y recordar la obra que en el siglo XVI realizamos en América en el orden político, religioso y judicial, y nosotros borrar de nuestra memoria los resquemores que pudo originar la separación y sólo dar paso al sentimiento de orgullo que pueda producirnos la contemplación de una América hermana y floreciente. Americanos y españoles deben mirar la guerra de 1810 como guerra civil, no de independencia.

Los primeros, que viven en los lugares teatro de las empresas de descubridores y conquistadores como Colón, Cortés, Pizarro, etc., podrán juzgar mejor la magnitud de las mismas. Los segundos, al ver que Bolívar, San Martín, etc., tenían sangre nuestra y las características de los caudillos de la raza hispánica, mirarlos como hijos gloriosos de la misma.

Unos y otros debemos dejarnos de influencias extrañas, tener un momento de recogimiento evocando a través de la Historia el alma motora de la raza, y, mirando al porvenir, unirnos para lo material y lo moral, y así, aun separados por el mar, por los límites geográficos y políticos, formaríamos un Imperio de fuerza incontrastable.



DISCURSO DEL ENCARGADO DE NEGOCIOS DE MÉJICO,
ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ALFONSO REYES

SEÑORES:

Por delegación del Excmo. Sr. D. Mario García Kohly, Ministro de Cuba,—a quien corresponde el derecho de antigüedad—toca al representante de Méjico la honra inapreciable de dar las gracias al Ayuntamiento de Madrid, en nombre del Cuerpo Diplomático hispanoamericano—y seguramente interpretando el sentir de tantas naciones—por la consagración que acabáis de hacer, Sr. Alcalde, de la glorieta del Cisne, al alto poeta de los cisnes.

Pero habéis pronunciado, junto al nombre de Rubén Darío, otros nombres para los americanos sagrados, que arrebatan mi atención a otra parte. Felicitémonos, porque nos ha sido dable presenciar la hora en que las glorias de América pueden redundar en gloria de España. Renuncio a evocar siquiera la enorme suma de esfuerzos de comprensión que, a uno y otro lado del mar, han hecho falta, para que sea posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América. Sois, españoles, ejemplares en la cordialidad generosa, al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo, y según acabamos de verlo por la vibrante carta de Grandmontagne, la misma severidad excesiva que adoptáis para juzgaros a vosotros mismos—heroica condición crítica de la mente, que alguna vez ha sido explotada en contra vuestra—se convierte en un extraño y viril desprendimiento, casi impolítico en ocasiones, siempre conmovedor y valiente, para reconocer, cuando es justo, la grandeza del contrincante. Habéis hecho, en la larga historia, un viaje a la tierra de las ambiciones y los poderes. Y estáis de regreso, entre el asombro de los que no siempre aciertan a entenderos, con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones se avienen, formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre.

Feliz acuerdo el de consagrar, en la Fiesta de la Raza, un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos. Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria, callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y, por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir, al melancólico que cruzaba la vida

«ciego de ensueño y loco de armonía», al hijo terrible de un Continente que es, todo él, un grito de insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un genio municipal. Acógelo la divinidad que reina en las plazas y en las calles, y nosotros—buenos hijos de Roma—saludamos con ritos públicos, bajo el cielo de otoño, al héroe mensajero de las primaveras americanas.

La obra de Rubén Darío fué obra de concordia latina. América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y, mientras por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua—los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Angel de la Peña, Marco Fidel Suárez,—por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles: «¡Desespañolícémonos!», gritaba el argentino Sarmiento; «¡Desespañolícémonos!», gritaba el mejicano Ignacio Ramírez, en controversia contra vuestro gran Castelar... Éstos no eran independientes; no estaban aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes, que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano puede amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a sus familiares, y como justificado en ellos. Los dióscuros americanos, Rubén Darío y José Enrique Rodó, trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España. Habéis escogido la más alta realización de América, para sellar, con su recuerdo, la Fiesta de la Raza; y resulta que, de paso, habéis escogido el nombre de aquel en quien con más plenitud se expresa esta voluntad de amor a España, por parte de una América ya emancipada y ya consciente de sus destinos. Porque ya no está a discusión—sino entre los necios y los sordos—el radical casticismo de Rubén Darío. *Francesismo*, se ha dicho. Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española, cuanto el mundo entero tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fué uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo, a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo. Y un día volvió—hoy así lo vemos—cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas.

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España—donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas

del error hispano—Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.

Poeta sumo, hombre vertiginoso, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternuras y lo más atronador de sus furores, la escala de exámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua.

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

¡Espíritus fraternos, luminosas almas, Salve!



Sesión celebrada en el Ayuntamiento
el día 20 de octubre de 1922.

MENSAJE DE LA

CIUDAD DE MÉJICO

Anunciada previamente por la Presidencia la visita del Sr. D. Alfonso Reyes, Encargado de Negocios de Méjico, y de D. Luis G. Urbina, ilustre poeta de aquella nación, como portadores de un mensaje dirigido por su Ayuntamiento al de Madrid; los expresados señores hicieron su entrada en el salón siendo objeto de un expresivo y cordial recibimiento por parte del Concejo.

Hecha su presentación oficial, y ocupados por ambos señores los sitios a derecha e izquierda de la Presidencia, el Sr. Alcalde ordenó la lectura del indicado documento, escrito en artístico pergamino, que decía así:

El H. Ayuntamiento de la ciudad de Méjico, envía por el alto conducto del ilustre poeta Luis G. Urbina, un fraternal saludo al muy respetable Ayuntamiento de la ciudad y Corte de Madrid.

Méjico, junio 15 de 1922.—El Presidente municipal, Doctor Alonso Romera.—Rubricado.

DISCURSO DEL CONDE

DEL VALLE DE SUCHIL

Seguidamente, el Sr. Alcalde dirigió la palabra en estos términos:

Señores Concejales: El Ayuntamiento de Méjico, como habéis oído, envía a uno de sus grandes poetas, Sr. Urbina, a saludar al Ayuntamiento de Madrid, y en este solemne acto le acompaña el Sr. Reyes, poeta, escritor y orador a quien el pueblo madrileño tuvo ocasión de aplaudir hace pocos días, cuando se descubrió la lápida del ilustre y eminente poeta de la raza Rubén Darío.

Al presentar a estos señores yo no puedo menos que expresar la profunda alegría que siento como español al ver que, después de un siglo desde que ocurrió la revolución de 1810, después de una etapa de odios y de una obra de desespañolizar América, aparece que en la postguerra, después de aquella catástrofe que cayó sobre Europa, el mundo entero ha tenido el sen-

timiento que experimentan las familias cuando ocurren estas desgracias, y aquellos que tienen la misma sangre se reúnen y se cobijan con el mismo sentir, con iguales ideas.

Yo decía el otro día que la revolución del 10, no fué una guerra de independencia, sino una guerra civil. Eran gentes que habían nacido en América con sangre mezclada de españoles y de indígena, era una sociedad que durante tres siglos había recibido la influencia legislativa, en todos los órdenes, de España, y en la cual el sentir de la raza hispánica dejó tan profundas raíces, huella tan honda que por más que desde Wáshington, desde Francia, y hasta el mismo odio producido en la lucha, alentaban la separación completa de la madre España, estas raíces no pudieron arrancarse nunca, estas huellas no pudieron desaparecer, y así vemos ahora que aquella revolución que se hizo sustentada por los ideales capitulares y los influjos de nuestra legislación, y que produjo Ayuntamientos como el de Méjico, viene a saludar en estos momentos a la madre Patria. Y diré más.

Dos figuras, la de Wáshington y Bolívar, héroes de la independencia de América, son queridas, respetadas y objeto de verdadero culto por parte de los habitantes del Nuevo Continente.

Bolívar estudió en Madrid en el Colegio de Nobles, se casó en la iglesia de San José, era nieto de un general español, tenía las características de nuestros conquistadores y es una florecencia de Hernán Cortés y Pizarro. En América se ha iniciado una suscripción para donarnos una estatua de Bolívar. Yo creo, señores, que esto responde a un sentimiento romántico de los americanos, que desean que el héroe predilecto de la América hispánica, por cuyas venas corría sangre española y cuyo espíritu se formó en España, sea acogido en el solar de la antigua metrópoli como hijo glorioso, y que esa estatua represente haberse olvidado todo y ser un hecho la fusión del alma española con la hispánica americana.

Desde la guerra de 1810, que yo creo fué guerra civil y no de independencia, ha transcurrido más de un siglo; la generación que actuó en la lucha o la presencié ha desaparecido, y serenamente, a través de la Historia, en pueblos de nuestra raza aparece glorificada la figura de un hombre de nuestra sangre, Bolívar, y yo creo que si nos donan su estatua debemos colocarla en lugar preeminente.

Me recordaba hace unos días el Sr. Rodríguez Marín que la edición primera del *Quijote*, casi en su totalidad, fué enviada a América, y que habiéndose publicado el *Quijote* en 1605, según documento encontrado en el Archivo de Indias, en 1607, en fiesta celebrada en una aldea del Perú (dos años después) aparecieron representadas las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, prueba de que la obra se había vulgarizado en América.

Se va a erigir en Madrid, en la plaza de España, un monumento a Cervantes, que enalteció la lengua que hablan más de cien millones de hombres, de los cuales setenta viven en América, repartidos en veinticuatro naciones, y yo creo que a ese monumento debieran contribuir los Ayuntamientos americanos.

Más tarde debiéramos todos concurrir a la elevación de otro monumento al *Quijote*, colocado en tierras de Colombia, donde el Pacífico está separado del Atlántico por 50 kilómetros, a 2.000 metros de altura, en un pico de los Andes. Así el día de mañana, si la civilización hispánica llegara a desaparecer, ese monumento sería su expresión, consagrando un libro que es el catecismo de la raza.

DISCURSO DEL SEÑOR

DON ALFONSO REYES

Permitidme que comience por manifestar, como un simple hispanoamericano y como Representante diplomático de un país hispanoamericano, mi íntima y profunda convicción de que la hermosa idea esbozada por el señor Alcalde, de que España dedique alguna vez, un homenaje al libertador Bolívar, y de que América, por su parte, contribuya intensamente al homenaje que se consagre al mayor introductor de la voz de la raza, merecerá seguramente todo el entusiasmo de América, y el día que esta idea condense en iniciativa práctica, será el gran día para el orbe hispano, viendo que a través de los siglos se corresponden como dos imágenes paralelas, el inmortal Cervantes, el caballero de la triste figura y Bolívar, que en nuestra patria representa el caballero de la hermosa figura y cuyo nombre fulgura sobre nuestras más altas cumbres.

Apenas me atrevo a presentaros al mensajero del Ayuntamiento mejicano, alto poeta de América, cuyo nombre os es ya sin duda conocido. Pero quiero decir que en él se da la especial condición de ser, asimismo, uno de los más caracterizados vecinos de la ciudad de Méjico, uno de los más penetrados de su espíritu y su modo inefable, uno de los mejores intérpretes de su voz informada, una figura necesaria en la evocación de toda una época de nuestra ciudad; de suerte que el mensaje os llega en las manos más apropiadas.

Y conviene que recordemos que el Ayuntamiento de la ciudad de Méjico es una singularísima derivación de las costumbres jurídicas de España,

y que este saludo es como un reconocimiento expreso de una filiación que a los mejicanos nos honra.

Con razón se ha dicho que la vida social de Méjico parece organizada en torno de las reglas municipales de España.

Cuando Cortés emprendió la conquista de Méjico, el concepto de soberanía municipal era de tal modo vigoroso, que el arrojado Capitán y sutil político, tratando de darse algún título que le permitiera negociar directamente con el Emperador y salvar el enojoso conducto del Gobernador Diego Velázquez, erigió la Villa rica de la Veracruz y obtuvo de su Municipio la autorización para proseguir la conquista en nombre del Monarca. En sus posteriores tratos con el Gobierno de España, y al defenderse en el proceso a que más tarde fué sometido, siempre alegó esa delegación, así como al adueñarse de Méjico, sólo con el Cabildo compartió su poder, entre tanto que la autoridad real vino a ser representada por Audiencias y, al fin, por Virreyes.

Durante el virreinato de la Nueva España, la inspiración aragonesa, que es tan visible en nuestra evolución jurídica, dió lugar a las cartas pueblas, y el poder municipal fué una realidad y un supergremio que dominaba la vida propiamente gremial característica de la Nueva España.

En Méjico, lo mismo que en la América del Sur, el movimiento de independencia se inició en los Cabildos, y los Letrados que intervinieron, sea en la preparación de este movimiento, como Yermo y Verdad, sea en el movimiento mismo, como Domínguez y Liceaga, buscaron la acción conjunta de los Cabildos de Méjico, de nuestro Valladolid (hoy Morelia) y de Guajuato.

El primer proyecto de Constitución mejicana (la de Apatzinga) surgió entre las juntas de Parroquia, entidades de carácter municipal, de las que manó entonces el latido—digámoslo así—de la soberanía nacional. Y en las discusiones del Congreso Constituyente de 1823 y 1824 (que no estableció propiamente el Poder municipal, porque ya nos había infiltrado la doctrina de la Federación, la cual vino a sustituir a la antigua doctrina castiza) se advirtió la constante preocupación por la idea municipal, única realidad política que hasta entonces había practicado el pueblo mejicano.

En el duelo entre federalistas y centralistas que ocupa buena parte de nuestra historia legislativa, las leyes centralistas procuran apoderarse de los Municipios y de ellas deriva el régimen que había de anularlos: el régimen de las jefaturas políticas. Sin embargo, las bases orgánicas de 1843 leyes constitutivas que se señalan por su evidente congruencia técnica, cualquiera que sea la simpatía política que se profese—revivieron mucho de la antigua fuerza municipal. Bajo el Presidente Salas, en 1847, se trató de implantar la

Constitución de 1824 con algunas reformas, y en las discusiones de que brotó el germen de nuestro importantísimo «juicio de Amparo», hubo intervenciones de los juristas más eminentes, Lafragua, Zubieta y Mariano Otero—un discípulo directo de las Universidades españolas—en favor del restablecimiento del Poder municipal en su antigua pureza.

La Constitución de 1857 con su extremado y heroico jacobinismo, no podía devolver a la castiza institución toda su fuerza, pero dió por supuesta la existencia de los Ayuntamientos, y para el distrito y territorios federales (así, pues, para la ciudad de Méjico) estableció la elección popular de las autoridades municipales. Las leyes de desamortización (1856) debilitaron aún a los Municipios, obligándoles a enajenar los bienes raíces que no estaban directamente destinados al servicio público, con lo cual seguramente se exageraba el espíritu de la reforma. Y así el Ayuntamiento de Méjico, herido aún por la fatalidad de una guerra de tres años; sostenido por el Gobierno reorganizador de Benito Juárez; transformado por una invasión extranjera, que, en su efímero poder, quiso conservarlo como un Cuerpo de funcionarios unitarios y remunerados en lugar de un Cuerpo colegiado y concejil (sistema que económicamente comenzó a dar algunos frutos; pero que estaba envenenado en su origen como hijo de una usurpación arbitraria), robustecido después, por la organización democrática, con la intervención en el mecanismo de las elecciones populares, llega hasta nuestros días como extraña supervivencia de la antigua institución española.

¿Después? Después viene la Constitución de 1917, hija de una revolución que en muchos puntos ha vuelto los ojos a la más genuina tradición española de la Nueva España. Esta Constitución establece para todos los Estados mejicanos, el Municipio libre, administrado por Ayuntamientos de elección popular directa, sin consentir autoridad intermedia entre éstos y los respectivos Gobernadores, y con plena aptitud para administrar sus haciendas de un modo autónomo. Hoy el Ayuntamiento de Méjico, como lo recordaba recientemente un diario español; trabaja, entre las simpatías del pueblo, asesorado por un Concejo cultural cuyo misión consiste en conservar a la ciudad—en armonía con las nuevas necesidades—su carácter propio, evitando que se cambien sin objeto los nombres históricos y evocados de las calles, que se derrumben e injurien sin utilidad los monumentos y edificios, que las fiestas populares pierdan su sabor y su sentido. Una institución que trabaja ya bajo inspiraciones intelectuales y desinteresadas puede decirse que ha llegado a un desarrollo maduro.

Señores: Agradezco la honra que habéis querido hacer—más que a nuestras personas al nombre de Méjico, y os ruego que me permitáis para terminar, una manifestación personal de afecto hacia Madrid.

Tiene el gusto de dirigiros la palabra un vecino de la Villa y Corte, que hace ocho años disfruta de su hospitalidad fraternal y su trato incomparable. Confundido durante mucho tiempo entre los trabajadores literarios, ha tenido la suerte de recorrer la vida multánime de la ciudad fuera de los estrictos carriles oficiales, en casas y calles, iglesias y teatros, plazas, jardines y parques, ateneos y cafés, redacciones y bibliotecas, centros de investigación y posadas de estudiantes; porque los azares afortunados le ha permitido abarcar un campo de experiencias que va desde el Palacio Real—corona simbólica de Madrid—hasta ese pintoresco caos del Rastro, donde los últimos despojos de la vida urbana parecen precipitarse en un metafísico desorden que es toda una fábula sobre la vanidad de las cosas humanas y el retorno del polvo al polvo. Así, puede asegurarse que lleva en su propio pulso un poco del ritmo de Madrid actual. Y tampoco me faltó ocasión para andar entre los recuerdos del pasado Madrid—no sólo el de Mesonero Romanos, cuyo esqueleto se conserva como disecado en ese plano-relieve de la Villa que custodia el Museo de Artillería, sino otro más vetusto—porque yo me consagraba precisamente a buscar por las antiguas Platerías (lugar de citas elegantes durante el siglo xvii) o en la muerte del Regidor Juan Fernández, o en el Soto del Manzanares, o por la calle de la Victoria, donde vivían en aquel siglo las damas más hermosas, o por los rincones de la parroquia de San Sebastián—donde hoy reposan oscuramente sus restos—a un hijo de la Nueva España, un gran mejicano que se atrevió a competir con Lope en los corrales de la Comedia: D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza,—vecino de Madrid entre 1615 y 1639, cuyo nombre invoco, a manera de santo y seña, al penetrar en la Casa de la Ciudad. Deseo, pues, señores, que vuestra amabilidad me conceda un solo y único título para presentarme ante vosotros, y es el de ser—de verdad y de corazón—un «voluntario» de Madrid.

DISCURSO DEL SEÑOR

DON LUIS G. URBINA

SR. ALCALDE, SEÑORES CONCEJALES:

Permitidme explicar y justificar, en breves palabras, mi presencia aquí. Bien lo ha dicho con su nítida elocuencia el ilustre representante de mi país; el Ayuntamiento de Méjico, al poner en mis manos la hoja de pergamino que contiene el saludo a vosotros, tuvo, sin duda, en cuenta, que nací, que viví

largos años y que trabajé y soñé, durante casi toda mi existencia en la capital de Nueva España; que he recorrido todas sus calles, que conozco todas sus leyendas, que sé la historia de sus edificios y monumentos, y que su sol, su cielo, sus horizontes, son gratos a mi corazón. Puede ser, por eso, un amoroso portador de sus afecciones, un fiel mensajero de sus sentimientos.

Mas no sólo, creo yo, se pensó en esa condición mía, de hijo de Méjico, al hacerme el encargo que ahora cumplo con agrado ante vosotros, sino también en mi admiración y mi devoción por España, en mi apego, mi curiosidad y mi cariño por este Madrid, hospitalario y risueño, «viejo y evocador», en donde vivo mis últimos años, un poco silenciosamente, un poco familiarmente, confundido entre las gentes; pero con los ojos muy atentos y muy abiertos los oídos para percibir por todas partes, en los seres y en las cosas, en los hombres y en las piedras, el alma adorable de un pueblo lleno de sentimentalidad, de alegría y de nobleza. Desde hace tiempo he querido y me parece haberlo logrado, ser un modesto vecino de Madrid; y, acomodándome a sus costumbres, aceptando de buen grado sus inclinaciones y gustos, sentirme como en mi propia casa, y calentar y reconfortar mi espíritu en el hogar de mis antepasados.

Mi afecto no ha sido ocioso, ni mi simpatía estéril. Mi pluma de cronista ha transmitido incesantemente mis impresiones de España, de Madrid, en particular, y la Prensa de América suele recoger mis palabras y propagarlas en los países de nuestra habla común. El Ayuntamiento de Méjico, vió, pues, en mí, dos circunstancias: ser hijo de mi ciudad, ser vecino de la vuestra.

Pero es que mi ciudad, por su aspecto, por su ambiente, por sus construcciones, levantadas con lascas de los templos aztecas, para servir, de casas solariegas a los conquistadores, de asiento a la autoridad de virreyes y audiencias, de abrigos suntuosos a la fe cristiana, de recogida morada a las órdenes religiosas, es una ciudad característicamente española, una ciudad que junta a la severidad extremeña un leve y sutil encanto andaluz. Los muros conventuales, los palacios con ornatos heráldicos, las fachadas con hornacinas y retablos, las azoteas, coronadas, aquí y allá, de almenas, forman un cuadro especial, colonial, español, que es como una milagrosa prolongación de los panoramas peninsulares.

No, no es únicamente el idioma lo que nos acerca y unifica. A nuestras formas literarias, que ponen un sello de inconfundible melancolía a los ensueños de la poesía castellana, se unen las formas arquitectónicas, que allá, sin perder su origen, se complican, a veces, por efecto de múltiples causas, en superabundancia churrigueresca, y las formas domésticas, las habituales, en los que, la ternura indígena suaviza, en tono menor, la ruda franqueza de los dominadores.

Una enorme civilización, cerca de nosotros, nos atrae con su formidable poder, con su influjo mundial. Es una tentación y una seducción. Nuestro problema municipal consiste en ceder sin deformarnos, en adaptarnos a todos los adelantos y emprender obras de higienización y urbanización, en progresar, en fin, sin descaracterizarnos. Es preciso que aprovechemos esa estupenda civilización sin que nuestra cultura pierda su tendencia, su orientación, su fisonomía claramente españolas.

Las ciudades tienen un alma. Es necesario conservarla, nutrirla, inmortalizarla, sin abandonar—eso sí—los propósitos de salud pública, de bienestar y de felicidad colectivos.

Pensando en eso, el Ayuntamiento de Méjico, cuya evolución acaba de narrar, en síntesis, el ilustre representante de mi nación, ha creado el Consejo Cultural, y reunido a los especialistas en los diversos ramos de las Ciencias y las Artes, para que lo asesoren y aconsejen, en cuanto se refiere a la conservación y al mismo tiempo al adelanto estético de nuestra capital.

Hay algo que no puede perder un pueblo sin grave peligro: la tradición. Estamos decididos a retener nuestra personalidad típica, es decir, hispánica. Sabemos que ella nos salvará.

La plaza de Armas, la principal en la metrópoli de la antigua Nueva España, es un extenso cuadrilátero—usaré de la hipérbole de un eximio poeta americano—tan grande, como para contener dos tempestades. Las cuatro líneas del polígono están formadas: al Oriente, por el Palacio nacional, la vieja residencia de los Virreyes; al Poniente, por los soportales, en que los mercaderes apiñan de antaño sus tiendas y bazares; al Norte, por la Catedral, templo de singular belleza, asentado sobre las ruinas del prodigioso *teocalli azteca*, y al Sur, por la Casa Consistorial, de amplias arcadas, recia de muros, sobria de ornamentación, retocada ahora, dentro de un concepto de hermosura colonial. La plaza es un resumen de nuestra vida novohispánica. Las peculiares fábricas que la limitan son símbolo de las ideas fundamentales establecidas y perpetuadas por un poderoso esfuerzo racial. Son cuatro semblanzas de ideal: el Poder público, transformado por el impulso de los anhelos democráticos; la fe religiosa, sobreviviente de las luchas sociales (la Catedral levanta sus dos torres como dos brazos implorantes); el esfuerzo económico, principio y base de la riqueza y la representación genuina de la ciudad, su corazón, su voluntad: el Palacio municipal. De allí han salido altas voces de justicia y de libertad. De allí acaba de salir un grito de amor a España, un saludo del Ayuntamiento de Méjico al de esta Villa y Corte. Es para mí, una fortuna y un honor, poner en vuestras manos, la hoja que contiene ese cordial saludo.

DISCURSO DEL SEÑOR

D. JULIAN MARTÍNEZ REUS

El Sr. Martínez Reus, hizo presente que este día era para él de verdadero júbilo, tanto por participar de la satisfacción inmensa que al Concejo producía la visita de dos hermanos nuestros en representación de una nación que llevaba nuestra propia sangre, sino por haber sido designado por la Alcaldía para responder a tan meritísimas y relevantes personalidades, sin duda por haber vivido él en aquellas tierras y conocer que el porvenir y la grandeza de nuestro pueblo estaba en el amor grandísimo que allí se sentía hacia España, dijo que aun cuando todas las repúblicas americanas eran hijas de nuestra creación, siempre guardaba predilecciones a los estados mejicanos porque en su historia conservaba rasgos típicos, y característicos de grandeza y de unión con nuestro suelo, no observados con tanta intensidad en otros pueblos de la América española.

Recordó a este propósito, que la Nación mejicana sobresalía ya en los tiempos de la conquista por su mayor grado de civilización, esplendorosa bajo el imperio de Moctezuma; que la identidad del nombre de Nueva España que dieron a una parte de aquel territorio, significaba elocuentemente la simpatía y la preeminencia por la madre Patria debida al inmenso amor hacia España que en aquellos naturales inculcaron los conquistadores.

Estimó que la lucha entonces sostenida por los americanos, a pesar de haber costado sangre de nuestros soldados, significaba que allí se tenía la virtud de la independencia arraigada en los corazones, virtud estimable que debían mantener siempre los pueblos, y de la que daba Méjico ejemplo a otras naciones americanas.

Significó por último, que sentía un verdadero amor hacia Méjico por haber pasado en su historia las mismas vicisitudes que nuestra Patria, con luchas intestinas que deseaba no volvieran a resurgir; que en esta identidad de sentimientos, dicha nación americana merecía todo el respeto y afecto que en esta ocasión tenía el honor de expresar a sus ilustres representantes, correspondiendo, en nombre del Concejo madrileño, a la honrosa visita que acababa de recibir.

**DISCURSO DEL SR. D. AL-
FREDO SERRANO JOVER**

El Sr. Serrano Jover hizo presente que se sentía emocionado al responder al efetuoso saludo de la municipalidad mejicana, porque siendo grato a los españoles todo acto o manifestación de simpatía de las naciones hispanoamericanas, doblemente tenía que serlo cuando provenía de Méjico, considerado como el baluarte de las tradiciones tan maravillosamente cantadas por los que traían el mensaje de aquel Municipio.

Es cierto—dijo su señoría—que todo lo que sea en este revivir humano que se está produciendo después de la guerra, recogida de ideas de todos los países, contribuirá a algo que tiene que acrisolar la dirección del mundo entero, que es la hora de armonía y de paz y de trabajo del hombre; pero no tendría eso su sello y su elemento de armonía si no se conservase en cada una de las razas su propia tradición, y Méjico, al ser baluarte de la raza hispana, puede ser el elemento conductor de las novedades e ideas de otra prepotente raza en el mundo, y desempeñar un importante cometido para nuestra unión hispanoamericana.

Gratamente he oído recordar aquella lucha en el desenvolvimiento de la organización administrativa de Méjico que se produjo entre la tendencia centralista y la municipalista, porque eso mismo lo ha sufrido tanto España como sus hijas americanas. Nosotros hemos tenido un intervalo de detención en el desenvolvimiento de nuestras propias tradiciones, admitiendo un centralismo que ha perdurado más de lo que convenía; pero ya nos vamos convenciendo de que las naciones sólo pueden ser fuertes cuando conservan todos los resortes de su vida local representada por los Municipios y vamos volviendo nuestra vista a las antiguas tradiciones características de la raza hispana en el desarrollo de sus fines.

Hay un único interés en el que todos tenemos que trabajar. Como recordaba antes, yo creo que el pasado desastre mundial ha debido enseñar a los pueblos aquella máxima de que, no en las luchas de los hombres, sino del hombre con la Naturaleza, es donde se debe obtener el progreso. No en destruir lo que los hombres crearon y tienen derecho a vivir, sino en arrancar a la Naturaleza sus secretos y aumentar sus riquezas, porque comparando que en esa lucha económica existente en estos tiempos que ha latido en la

guerra pasada, lo que se ha hecho una vez pasado el desastre, es destrozarse las riquezas, creo que una raza que cuenta con tantas naciones unidas por la tradición, debe representar ese sentido humano, ponerse a la cabeza y trabajar en aquello que pueda restañar la sangre vertida y hacer olvidar las ideas de rencor y de odio, unidos todos por el cariño que en esta sesión se está demostrando.

DISCURSO DEL SEÑOR

D. FAUSTINO NICOLI

El Sr. Nicoli, hizo constar que por no haber tenido noticia a su debido tiempo del acto que se estaba celebrando, venía sin la preparación necesaria para responder a los brillantes discursos de los representantes de Méjico, como lo habían hecho los Sres. Martínez Reus y Serrano Jover, aunque de todos modos, por muy buenos que fuesen sus propósitos nunca sería tan elocuente su peroración como las frases pronunciadas por los señores que le habían precedido en el uso de la palabra; pero a pesar de esto, y como representante de un distrito importante de Madrid y de una fracción política, se consideraba en el deber de hacer presente la admiración y simpatía que le inspiraban los países americanos y muy especialmente la República de Méjico, por cuyo engrandecimiento y prosperidad hacía fervientes votos, añadiendo que las palabras de los Sres. Reyes y Urbina, habían venido a confirmar la impresión que desde hacía muchos años tenía formada en el sentido de que a medida que avanzaba el tiempo las relaciones tanto políticas como comerciales entre la madre España y los países americanos cada día eran más estrechas y que llegaría un momento en que olvidados en absoluto los motivos que originaron el retraimiento entre una y otros, buscarían sólo su mutuo engrandecimiento, como así correspondía a naciones que habían luchado por el mismo ideal y hablaban el mismo idioma; y terminó su señoría agradeciendo en nombre de la minoría liberal a la República mejicana la distinción de que hacía objeto al Ayuntamiento de Madrid por medio del mensaje leído y del que eran portadores tan ilustres representantes como los Sres. Reyes y Urbina.

Acto seguido y a propuesta de la Presidencia, se acordó por unanimidad enviar al Ayuntamiento de Méjico, un cablegrama testimoniándole los sentimientos de cariño, gratitud y admiración que se habían exteriorizado en el día de hoy hacia dicha nación.

A continuación el Sr. Presidente, dió por terminado el acto, suspendiéndose la sesión por breves minutos para despedir a los representantes mejicanos.

Reanudada la sesión, el Sr. Alcalde dió cuenta de un telegrama concebido en los siguientes términos:

Alcalde Madrid, Conde Valle Suchil.—Madrid.—Managua.—Municipio y pueblo nicaragüense vivamente conmovido, agradece Ayuntamiento y pueblo de Madrid, alta honra dispensada nuestro querido poeta Darío. Complaciéndose corresponder honroso saludo.—José Solórzano Díaz, Alcalde municipal.

Y a propuesta del Sr. Díaz Agero, se acordó asimismo hacer presente por medio de telegrama, los fervientes votos del Municipio madrileño por la prosperidad y engrandecimiento de la ciudad de Nicaragua.

